

*Para aquellos originales exploradores:
Adriana, Pedro, Mayra, David, Aída,
Enrique, Mague, Juan, Toño, Vladi y Roger.*

● 1

¡ODIO LOS DOMINGOS POR LA TARDE! ¡Los odio! Yo creo que es porque después de un domingo siempre viene un lunes y los lunes son los días más horribles y espantosos del universo. Sí, de todo el universo. Porque yo creo que si hay vida en otro planeta y los seres de ese planeta tienen lunes, seguramente también los deben de odiar, porque aunque tengan pistolas de rayos láser y armas atómicas, nada puede matar a un lunes, son indestructibles. El odio a los lunes no es cosa solo de los niños; a veces me ha tocado escuchar cómo papá se queja un domingo por la noche, cuando ya está acostado y todo, y le dice a mamá con una voz que da pena: «¿Por qué no es viernes?». A lo que mamá le responde: «¡Siempre dices lo mismo! ¡El tiempo no puede dar marcha atrás! ¡Duérmete, que mañana tienes que madrugar!».

¡Sería genial poder rebobinar el tiempo, tener un reloj mágico que te permitiera convertir todas las tardes de domingo en noches de viernes, los lunes en sábados y los martes que se escaparan por descuido, otra vez

en viernes! Pero supongo que eso es imposible, ya que todos nos pasaríamos la vida viviendo en sábado y domingo por la mañana (que son también muy buenos) y seguramente el gobierno no lo permitiría porque nadie estudiaría ni trabajaría.

El caso es que papá se queja precisamente por eso, porque tiene que ir a trabajar todos los lunes, y claro, todos sabemos que el trabajo no es algo que pueda hacer feliz a nadie; es bien sabido que el trabajo es un castigo que Dios le dio a Adán (que fue el primer hombre en este planeta) y a todos los hombres que le siguieron. «Te ganarás el pan con el sudor de tu frente», algo así le dijo, y claro, sudar nunca es muy agradable cuando eres adulto, y si no me creéis, podéis oler las zapatillas de vuestro papá o de vuestro tío después de que hayan jugado al fútbol toda la mañana. En fin, el caso es que papá no debería quejarse, pues al menos parece que ningún hombre que haya existido en todos los años de la historia del mundo se haya salvado de trabajar, y puede ser que ninguno lo haga.

Tal vez sea necesario decir que mi padre trabaja como contable, y no estoy muy seguro de qué significa eso, pero debe de ser algo tan malo como ser esclavo o estar preso, porque a papá no le gusta nada. Hace unos dos años, cuando yo era un poco más pequeño, quise saber qué era eso de ser contable y le pregunté si en su trabajo contaban cuentos; él solo se rio, y en vez de contestarme lo que hacía, me dijo: «Eres muy pequeño para entenderlo». ¡Odio esa respuesta! No sé por qué, pero siempre que un adulto me dice eso de «eres muy pequeño» siento

que en realidad no sabe qué contestar y que está usando una de esas respuestas que solo cuando eres adulto se te está permitido usar. Y es que lo comprobé cuando mi tía Roberta me dijo que no entendía por qué me peleaba tanto con mi hermana, y yo, recordando a mi padre, le dije orgulloso: «Eres muy mayor para entender». Y bueno, lo que mamá opinó de mi respuesta, ya que para mi mala suerte me escuchó, no fueron palabras, sino gritos que me hicieron entender que hay ciertas cosas que los niños tenemos prohibido decir, como las groserías (de las que ya os contaré). Es injusto que haya tanta desigualdad entre pequeños y mayores, pero en lo que sí nos parecemos los niños y los adultos, o al menos papá y yo, con todos los años que me lleva, es en nuestro odio al lunes.

Ya sé que papá tiene que ir a «contar» algo muy desagradable todos los días para que podamos comer, pero yo estoy seguro de que lo que la escuela nos obliga a hacer a todos los niños es mucho peor: son asquerosos las redacciones y los quebrados, las divisiones (sobre todo las de dos cifras), las copias, pero sobre todo los exámenes y las tareas. Y las peores tareas de todas son las que te ponen los viernes, porque siempre acabas haciéndolas los domingos por la tarde, cuando el sol se pone anaranjado y ya puedes mirarlo sin que se te dañe la vista. Tal y como ahora, que estoy haciendo decenas de sumas de quebrados difícilísimas justo cuando se está acabando el día, y no lo puedo evitar pero, como todos los domingos a esta hora, me está doliendo el estómago; y es que siento muy mal darse cuenta de que, en vez de

estar yendo en bicicleta, tienes que quemarte el cerebro con las matemáticas. Siempre que estoy con dolor de estómago y el sol naranja, pienso en que debería escuchar a mamá y hacer la tarea el viernes por la tarde, después de comer, pero ella no entiende que a todos los niños nos entusiasma estar por fin libres de una semana de estudios, que lo último en lo que se piensa un viernes por la tarde es en un libro y un cuaderno. Necesitaría uno estar superloco para hacerlo. Y no hay ningún niño que lo haga. Bueno, hay que reconocer que hay algún que otro chiflado... como mi hermana.

Mi hermana es uno de esos seres raros a los que les gusta ir a la escuela, que tienen todavía los libros bien forrados cuando ya está terminando el año, que no en-



sucian su uniforme en el recreo y que hacen su tarea el viernes justo después de comer. Esa es una de las razones por las que me cae gorda. Sobre todo porque, si ella ya tiene la tarea hecha y vamos a la misma clase, digo yo: ¿qué le costaría pasarme aunque sea uno o dos quebrados, al menos este de doce novenos más cinco séptimos que, por más que me esfuerzo, no me sale? Es cierto, una vez que me dejó copiarle una división mamá nos castigó, pero debería tener un poco de piedad de mí. Ella sí está allá afuera en el jardín con la tonta de su amiga Pilar, y ni siquiera están haciendo algo provechoso. Sentadas en la hierba y conversando. Claro, las niñas, como las madres, no entienden lo que es la verdadera diversión. Ahí llega Roxana. Por esa



niña se mueren varios en la clase, sobre todo René, que es mi segundo mejor amigo, y a pesar de ser rubio y alto y superbueno en los deportes, es lo que se dice muy tímido y la verdad no muy inteligente, y por eso yo creo que no le hacen mucho caso las niñas. Sí, Roxana es guapa, más que mi hermana al menos, tiene un cabello negro y lacio que se le ve bien y una cara, como diría mamá, «de niña que no rompe un plato», y no está gorda como Pilar, pero yo no entiendo tal alboroto por una niña solo porque tiene los ojos azules. Ahora sí, ya están las tres hablando. Nada interesante puede estar pasando ahí.

Yo no sé cómo podemos ser tan distintos mi hermana y yo. Ya sé que somos niño y niña y que la diferencia entre los hombres y las mujeres es enooooooooorme, pero parece lógico pensar que dos niños que nacieron el mismo día tienen que parecerse un poco. Sin embargo, fuera de que los dos tenemos el cabello y los ojos castaños, somos tan diferentes como un dinosaurio y... una cucaracha (claro que mi hermana sería la cucaracha). Mamá nunca nos ha querido decir quién nació antes; siempre nos dice: «¿Para qué lo queréis saber? ¿Para tener otra razón para pelearos?». Pero yo estoy seguro de que soy el mayor. Claro que Susana opina al revés.

¡Diablos! Si no fuera porque mamá siempre esconde en la parte más alta de la alacena los cuadernos de la tonta de Susana después de que hace la tarea, yo ya le habría copiado al menos la mitad de los quebrados y podría ir a casa de Quique, que a pesar de ser un

poco bajito –lo cual hace que todos crean que va a segundo y no a cuarto–, un poco fantasioso y usar gafas de culo de vaso, es mi mejor amigo. Es quizá lo que me tiene más enfadado. Y es que hoy mi tío Paco nos ha contado a Susana y a mí (sí, para mi mala suerte ella también lo ha escuchado) una cosa genial. Y tengo que ir a contársela a mis amigos. Pero creo que tendré que esperar hasta mañana a la hora del recreo para explicarles el tremendo plan que se me ha ocurrido.